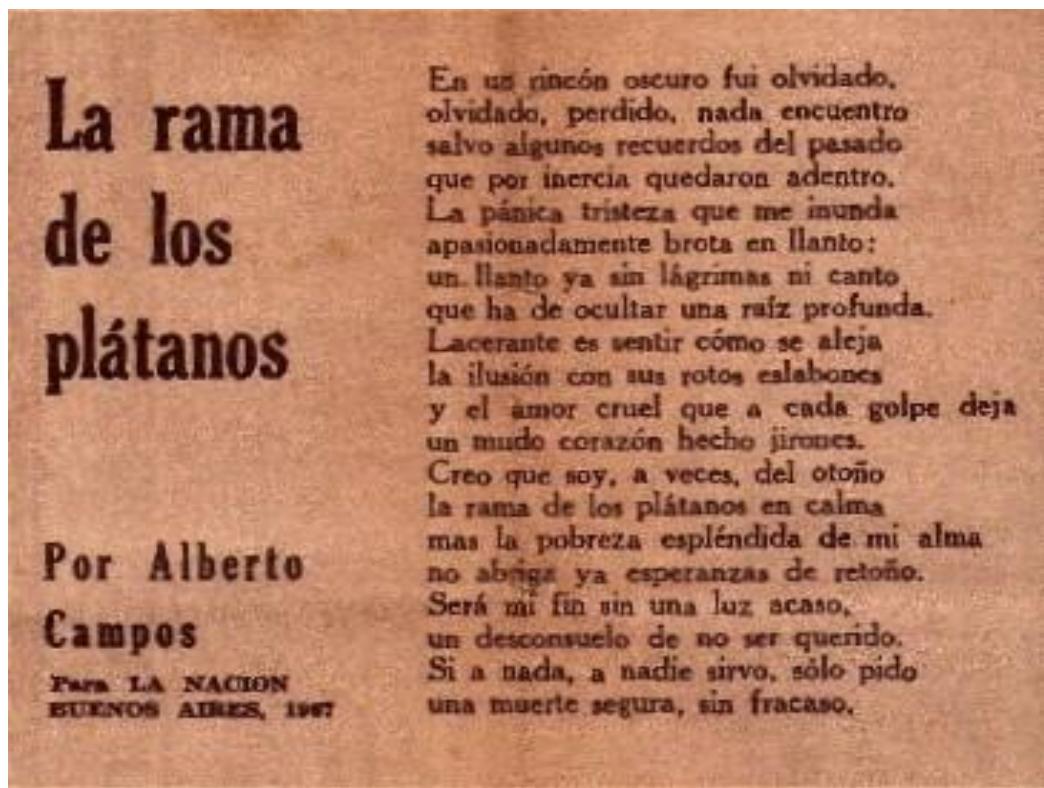


ANTICIPO

Nuevo Bautismo

Me rebautizaste literariamente (sí, creo que a mis 82 cumplidos ya puedo tutearte) a través del Suplemento Literario de La Nación en el verano del 67.

Fue cuando conseguiste la publicación del poema *La rama de los plátanos*



que contó con evidentes correcciones-colaboraciones tuyas (*), figura la firma de un novedoso Alberto Campos.

(*)

En un rincón oscuro fui olvidado,
olvidado, perdido, nada encuentro
salvo algunos recuerdos del pasado
que por inercia quedaron adentro.
La pánica tristeza que me inunda
Apasionadamente brota en llanto:
un llanto ya sin lágrimas ni canto
que ha de ocultar una raíz profunda.

Lacerante es sentir cómo se aleja
la ilusión con sus rotos eslabones
y **el amor cruel** que a cada golpe deja
un mudo corazón hecho jirones.

Creo que soy a veces del otoño
la rama de los plátanos en calma
mas la pobreza espléndida de mi alma
no abriga ya esperanzas de retoño.

Será mi fin sin una luz acaso,
un desconsuelo de no ser querido.

Si a nada a nadie sirvo sólo pido
una muerte segura, sin fracaso.

PS: En azul, el color de mi carpeta de la que obturiste el Hilo de Ariadna para mí, remarcó ahora tus correcciones. Lamentablemente, no conservo el original mío para ofrecerlo en comparación.

Mi padre me hizo una pregunta con forma de advertencia severa cuando vio mi nombre truncado en el poema publicado por La Nación. “¿Por qué no lo firmaste como Campos Carlés...?” Mi respuesta era obvia: “no fui yo quien envió el poema, fue Silvina”, pero ahora no sé si lo dije, o solo lo pensé. No lo recuerdo.

En los sobres de las cartas que me enviaste desde Mar del Plata entre el 67 y el 71 también figuró solo Alberto Campos como destinatario. Alberto Campos en el frente, y en el remitente, Silvina Oampo.



Ocampo, Campos. Silvina y Alberto.



Me quitaste el Carlés. Y con ese acto, no sé si consciente o inconscientemente, me arrebataste de la familia Campos Carlés y me incorporaste a la tuya. Mi padre nunca mencionó nada más al respecto, pero mi

madre sí, se enojó mucho y muy violentamente al enterarse de mi estrecha relación, casi cotidiana, contigo. Se puso terriblemente celosa. Nunca la había visto así. Te lo comenté, te reíste como no dándole importancia, pero te percibí con cierta dosis de tristeza.

Ahí me di cuenta de que tu clase social, nuestra clase social, te cuestionaba, Silvina. Yo también lo sufriría más adelante en carne propia.

Cuando escribí por sugerencia tuya el cuento *El monte de las acacias negras*, fue como empezar a romper con el pasado, y poner en palabras oscuros y velados sentimientos. Y llevarlos a la luz. Empecé a ser otro. Empecé a ser Alberto Campos. Pero no para siempre. Duraría hasta el año 1971, hasta tu última carta, antes de mi primer casamiento y mi ingreso a la Residencia Médica. Y en el año 1975 volvería al redil *el hijo pródigo*. Y mi relación literaria pasaría a ser con Adolfito a través de mi padre. Regresaría así entonces a mi original Campos Carlés.

2025